

Nacido en plena transición, su padre era un activista republicano radical y su madre una “hippie” a la que un ácido chungo dejó varada en el largo verano del amor. En aquellos años de agitación, el pequeño MATEO recibió demasiados estímulos contradictorios: las feroces arengas anticlericales de su padre, el cariño místico de su madre, las enseñanzas de “Barrio Sésamo”...

Todo ello hizo de él un niño sensible e introvertido, que prefería observar insectos y clasificar plantas antes que jugar al fútbol. Pero no se equivoquen, fue una infancia feliz, y la misma tónica marcó su adolescencia, durante la que se transformó en un adonis al que las chicas comenzaban a arrimarse.

Él, sin embargo, las miraba como a habitantes de otro mundo que hacían que se sintiera más cómodo entre plantas y animales. MATEO reservaba su corazón (y su cuerpo) hasta la llegada de una persona realmente especial. Su padre, temeroso de que el niño se amariconase, optó por un tratamiento de choque a la española: el puti-club.

Con la excusa de un curso nocturno de jardinería, MATEO fue llevado de la mano por su propio padre al instante que partiría su vida en dos, alterando su idílica existencia para siempre. En el burdel sufriría las consecuencias de haber vivido en la inopia: al escuchar a una “empleada” vociferando y gimiendo “¡Oh, dios!, ¡¿qué me haces?!”, el aturdido paladín irrumpió en la habitación para rescatar a una dama que ni era tal ni pretendía ser rescatada. Lamparita parisina en ristre, neutralizó al supuesto agresor de un castañazo en el cogote, con tan mala suerte que el susodicho, un respetable caballero pasado de años y de kilos, quedó tieso en el acto. El difunto resultó ser nada más y nada menos que un venerado juez del tribunal supremo, ultraconservador para más señas.

MATEO, a sus tiernas 18 primaveras, se vio de la noche a la mañana en el ojo del huracán, inmerso en un escándalo de proporciones nacionales.

En prisión preventiva, seguía con desesperación la evolución del caso: un don nadie enfrentado al brutal corporativismo del estamento judicial. Nadie daba un duro por su pellejo hasta que la defensa cayó en manos de una joven y ambiciosa letrada recién salida de la facultad con un futuro esplendoroso a sus pies. Imaginativa y eficiente, dio una esperanza a MATEO, que se aferró a ella como a un mástil en mitad de la tormenta. Tanta proximidad, la colaboración

estrecha de dos jóvenes con las hormonas revueltas entre los que hay un vínculo de confianza y afecto, termina siempre de aquella manera, aquí y en Singapur. El pacto cliente-abogado dio paso al acto cliente-abogado, y MATEO, por fin, se desprendió de su virginidad sobre la chirriante mesita de un despacho. Tras aquella maravillosa experiencia, nuestro cándido protagonista entregó a su enamorada no sólo su suerte, sino su corazón y su destino.

Romántico pero poco práctico, porque el pez grande siempre se come al chico: los que exigían la cabeza del joven, viejos zorros, mantenían una férrea vigilancia sobre la chica. Eso les permitió obtener imágenes clandestinas de la apasionada secuencia de amor que, de difundirse, supondrían el fin inmediato de su carrera. Empujada contra la espada y la pared, ella cedió al chantaje y abandonó el caso, precipitando los acontecimientos: MATEO fue condenado a una pena severísima por asesinato, lo que fulminó a su madre de un soponcio, lo que a su vez motivó que su padre se quitara la vida, torturado por la culpa. El hombre fue consecuente hasta el final: ardió a lo bonzo durante una procesión de semana santa, llevándose consigo a varios nazarenos.

Víctima de un complot, roto de dolor por la traición y la pérdida, MATEO se vio solo en el talego. Él, nacido para retozar entre gladiolos y geranios, estaba de pronto rodeado de violadores y psicópatas; el dicho “como un caramelo a la puerta de un colegio” adquirió entonces todo su significado. Por fortuna, subyacía en él la mala leche paterna y, milagrosamente, consiguió aprender a marchas forzadas todo lo necesario para sobrevivir en un entorno tan hostil. Un auténtico máster intensivo de mala vida. Tensó sus músculos en el gimnasio, cubrió su cuerpo de tatuajes azulados y empezó a consumir drogas para aliviar la tensión que le generaba la protección diaria y constante de su integridad anal. El odio y la rabia manaban de su interior, en un torrente incontenible y oscuro. MATEO se dejó seducir por el reverso tenebroso, y el chico de las flores se transformó en el recluso más respetado, temido y conflictivo, pero también en un ser ennegrecido que no se soportaba a sí mismo...